

Raquel Martínez Carballo es licenciada en Medicina Veterinaria por la Facultad de Ciencias Veterinarias de Córdoba. Actualmente ejerce como veterinaria en Reino Unido, siendo su cumbre profesional la especialización en Cirugía Ortopédica de Pequeños Animales. Desde que era una niña ha entrelazado su pasión por la medicina y los animales con el amor por la literatura, fusionando esta admiración por las ciencias y las letras en este relato que narra los más tiernos recuerdos de su paso por la Universidad y que dedica a sus seres más queridos, tanto los que están a su lado como los que la apoyan desde la invisible cercanía.

**Raquel Martínez Carballo**

Séptimo Accésit

## **BATALLA A CONTRACORRIENTE**

El sol parecía rendir homenaje a aquel momento, perdiendo su fiereza y aliviándose así las altas temperaturas, con el fin de no arrebatarlos protagonismo. Una suave luz atravesaba aquellas gigantescas vidrieras, dando una cálida y colorida imagen al lugar, con pretensión de iluminar intencionadamente el escenario. Los bancos enlosaban el edificio Paraninfo, desde la puerta de entrada hasta el fondo de la sala, ocupados por miles de personas de todas las edades, todos ellos habían escogido las más elegantes de sus vestimentas para la ocasión. Inquieto mar de bancos eclesiásticos que continuaba sobre el escenario, decorado con el mejor de los gustos, y que como si de una gran ola se tratara, se alzaba al fondo inundando de colorido y aromas florales aquella mágica escena.

Allí se hallaba Raquel, junto a cuatro de sus compañeros, envuelta en este ambiente idílico cuya armonía se encontraba interrumpida por los aplausos y halagos de los familiares y amigos allí presentes. Los nervios se apoderaban de ella, aunque en una batalla perdida frente a la inmensa

sensación de gozo que sentía. Permanecía mirando tímidamente el escenario mientras revivía, a una velocidad de vértigo, mil y un momentos vividos en aquellos cinco años y que recordaba como si fuera ayer; lo cual le hacía mantener una sonrisa que pasaba desapercibida a su consciencia repleta de recuerdos.

Su mente y su cuerpo volvieron a unirse en la sala cuando muy lejanamente escuchó su nombre resonar desde las entrañas del micrófono. Podía sentir cómo de forma casi imposible, los aplausos y los gritos de sus familiares resaltaban sobre los de la multitud; se sentían tan cerca que parecían acompañarla hasta lo más alto del escenario, venciendo con aquellos tacones de vértigo las escaleras que se insinuaban bajo la alfombra roja.

Cálidos abrazos y palabras hermosas salían de los labios de los profesores e incluso, muchos de ellos, amigos que durante cinco años habían esbozado trazos de realidad en su sueño *a priori* desnudo. *Profesionales que desde el primer día nos habían premiado con la sabiduría de su experiencia y habían compartido su ya adulta vocación para hacer madurar la nuestra.* Tras recibir la insignia veterinaria de la mano de un gran amigo, Raquel se giró emocionada hacia el público y dirigió su vidriosa mirada hacia sus familiares, que en pie se encontraban aplaudiendo incansablemente para hacer gala a tan único momento: “Va por vosotros”.

Raquel permaneció durante unos segundos inmóvil en el escenario, con la mirada fija en las personas a las que más quería, con una gran sonrisa, envuelta en una felicidad plena. Ahora recordaba cómo hace tres días, mientras conseguía de forma costosa que la concentración volviera a ser su fiel aliada en el último examen de la carrera, se preguntaba en una no deseada desconexión del estudio, cómo sería aquel momento. No podía imaginarse la mezcla de sentimientos que se digerirían en su estómago, e incluso llegaba a emocionarse imaginando el tan ansiado día. A la memoria le migraban no los temas que acababa de estudiar, sino todos los momentos que desde incluso antes de entrar en la carrera había vivido; todos los ahora tomados como insignificantes obstáculos de gran preocupación en la hasta entonces inexperta vida del adolescente que acababa de ser destetado del seno del hogar familiar y que habían ido salvándose en cada uno de esos cinco años; momentos de agobio y momentos de plena satisfacción, siempre apoyados y compartidos

con amigos que desde hacía cinco años habían formado parte de su vida y que prometían a medida que se acercaba el final del quinto año su eterna fidelidad.

“Cuando sea mayor, voy a curar a los animales”, decía una niña que apenas sabía hablar y a la que la palabra “veterinaria” le era aún costoso de pronunciar. Y así fui creciendo, alimentando mi vocación con la lectura de innumerables libros de animales que me ayudaban a descifrar los aspectos más desconocidos de la naturaleza, y que se complementaba con los documentales de la 2 y del Canal Natura, intercalando uno y otro para librarme de los interminables anuncios comerciales de televisión. Mientras tanto, y arrastrando los más antiguos ideales de la década de los 60, hay quien esperaba que ese capricho de dedicar mi vida futura a un trabajo diseñado, sólo y exclusivamente para el hombre, terminara por desvanecerse con el paso del tiempo, aniquilados por la edad.

Recuerdo cómo jugaba a tener mi propia clínica veterinaria, cuidando de todos los peluches que decoraban masivamente mi cuarto, y que se condolían en días alternos con diferentes patologías, muchas de ellas sin sentido en cualquiera de los más célebres libros de medicina veterinaria. Incluso llegó un punto, cuando empezaba a tener uso de razón, en el que malhechores, aún desconocidos, dejaban en el zaguán de casa cachorros aún sin destetar y huían del lugar del delito con el apresuramiento necesario como para no ser delatados.

La entrada en el pequeño gran mundo de la universidad brindó la oportunidad de que el sueño de esa niña se hiciera realidad. Entré en la carrera pisando fuerte, siendo muy consciente de que tenía en mis manos la posibilidad de encauzar definitivamente mi vida y formarme para ser quien siempre deseé ser: una de las mejores profesionales de la medicina veterinaria.

Recuerdo el primer día de clase. Una mezcla de incompatibles sentimientos se apoderaban de mí. Me desperté esa mañana mucho antes de que sonara el despertador y me levanté rápidamente de la cama, como si en vez de hacerlo una hora antes de lo que impondría la rutina matinal me hubiera quedado dormida, sin dar opción a que el sueño volviera a adueñarse de mí. Salí despacio de la habitación de la residencia donde mis padres habían decidido acomodarme para facilitar mi adaptación al cambio en ese primer año de carrera, en solidaridad con mi compañera de cuarto, que aún dormía plácidamente en la rudimentaria cama que quedaba justo al lado de la puerta que con

gran sigilo se cerraba. El pasillo de la tercera planta se llenaba de la inquietud que mi propio cuerpo desprendía, hasta llegar al cuarto de baño, donde de manera mecánica como cada día decidí lavarme la cara en un nuevo intento de despabilar la hoy tan despierta consciencia. Recuerdo que miré al espejo y pude comprobar la no correspondida expresión de mi cara, con los ojos lagrimosos e hinchados por no haber dormido lo suficiente, el miedo de no saber qué me depararía aquel primer día, y la ilusión por conocer lo desconocido. “Ya llegó el día”, dije en voz baja como si quisiera evitar que alguien pudiera escucharme en aquel solitario cuarto de baño. Bajé las escaleras y me dirigí hacia el comedor, al que poco a poco acudían las universitarias primerizas que, con la misma sensación de incertidumbre, se apresuraban a tomar el desayuno para llenar el estómago, aún no hambriento pero plagado de nervios.

Como habíamos acordado la noche anterior, Carmen (mi compañera de habitación) y dos chicas más que también empezaban la carrera de Veterinaria, acudieron a la puerta de la residencia media hora antes de que saliera el tren que nos llevaría hasta el campus universitario -como nos habían sugerido las veteranas de la residencia-; tomando el consejo de forma algo desconfiada, con la incertidumbre de si sus palabras formaban parte de alguna de las novatadas que se habían iniciado la noche anterior y con las que nos dieron la bienvenida tal y como exigía la tradición.

El grito de guerra de la primera parte de la batalla resonaría en nuestras cabezas cuando, como si del peor laberinto se tratara, las calles de Córdoba se hubieran puesto de acuerdo para no revelarnos el camino de ida a la Estación de Renfe y sí a una plaza caracterizada por un enorme cedro que se alzaba desde su ecuador y que muy lejos de nuestra a priori ignorancia llegaría a ser el principal punto de encuentro con nuestros amigos universitarios. Heroínas de ese fatal comienzo conseguimos llegar al campus lo suficientemente pronto para no perdernos la última hora de clase.

Recuerdo cómo al entrar en al aula, fuimos ametralladas por las miradas de un centenar de contemporáneos que ocupaban las primeras filas de la clase, dispuesta a modo de gradas que ascendían hasta el final del aula, plagándola de asientos que se disponían imitando el más antiguo de los anfiteatros romanos. El silencio fue roto por la amable voz del profesor, que nos invitaba a pasar y tomar asiento. Jamás olvidaré esa sensación de vacío que se apoderaba de mí a medida

que mis oídos escuchaban las palabras de aquel señor que intentaba convencernos de la sencillez de su más que compleja asignatura. “Nunca podré conocer al completo la universidad”, recuerdo que pensaba, cuando pasó a explicarnos las áreas de aquel enorme campus universitario designada para la realización de las prácticas de esa asignatura, que se hacían conocer con los nombres de los científicos más célebres de la historia, muchos de ellos comunicados entre sí con pasadizos imposibles y que se definían con una silueta laberíntica que prometía ser aún más difícil de resolver que el encuentro con la estación de Renfe de aquella mañana.

La mejor parte del día comenzaría cuando de forma casi obligada en ese instinto de supervivencia, y al finalizar la clase, aquel centenar de jóvenes se unió de manera escandalosa en una avalancha de presentaciones; jóvenes de cada rincón de Andalucía y de España, cada uno con su gracia y con su salero, su acento, su estilo espejo de la rebeldía de cada personalidad. Primer momento del día en el que compartimos risas y carcajadas, y a partir del cual, una vez confesada nuestra primera experiencia, quedamos con esa veintena de recién amigos en aquella plazoleta del cedro a la que sin duda alguna sabíamos llegar, para así conseguir entre todos alcanzar a tiempo el tren de nuestra nueva vida. Recuerdo el terror compartido de aquella gran piña cuando, cómo no, fuimos en grupo a comprar nuestros primeros bloques de apuntes cuatrimestrales que, antes de convertirnos en huérfanos escolares, nos habríamos estudiado en dos cursos completos. Pero, sobre todo, recuerdo mis llantos de emoción cuando realizamos las primeras prácticas en las que ya empezaba a consolidar la idea de que realmente estaba labrando mi futuro, poco a poco y paso a paso, con grandes esfuerzos y en una continua lucha que no podría competir con el papel asumido por los audaces guerreros de cualquier batalla campal. Recuerdo las prácticas en el zoológico y la grandeza del sentimiento de saber que puedes atravesar esa valla que cuando pequeña te había marcado el límite en tus visitas del domingo, y que en ese momento desaparecían para permitirte un íntimo acercamiento a aquellos fascinantes animales, con la misma naturalidad que si de un gatito o un caballo o cualquier otro animal se tratara. Recuerdo mi voluntariado en aquel proyecto de apoyo a la integración de niños minusválidos y disminuidos psíquicos, y la sonrisa exagerada que da vida a esos rostros inocentes cuando sencillamente montan a un caballo o sienten el lamido de complicidad de un perro que

parece entender la importancia de su papel en este tipo de terapias; es una verdadera victoria de guerrillas la satisfacción que se siente al descubrir cómo la sencillez de las cosas puede llegar a hacer a alguien verdaderamente feliz, y emocionar al que comparte dicha felicidad. Cómo olvidar el mes de mayo cordobés que siempre nos brindaba entre cruces, flores y lunares, un período de tregua antes de la llegada de los exámenes. Y el famoso día de los universitarios: jueves de cada semana, que haciendo gala de su nombre, nos permitía festejar el fin de cada semana, conocer a nuevos amigos que se integraban en nuestra cada vez más agrandada piña, y que como desde un principio daba entrada libre a estudiantes de cualquier punto de España e incluso de Europa: pijos, “normalitos”, hippies, franceses, italianos, veterinarios, médicos, agrónomos, químicos, economistas, maestros... relaciones inimaginables que hacían que nuestra piña fuera de lo más variopinta, con amistades irrompibles forjadas como semilla, resistentes a las distancias establecidas por los señores Séneca y Erasmo, e inmunes a los créditos no superados que apresaban a muchos de los nuestros en cursos inferiores.

Por un momento, Raquel volvió en sí y enfocó su hasta entonces perdida mirada en los apuntes de toxicología que se encontraban sobre la mesa del salón, casi vacío por la ya comenzada mudanza. “Tengo que concentrarme”, pensó, sin estar muy convencida de que ello fuera realmente posible, ya que desde hacía una semana que había comenzado a estudiar la materia, había recibido la misma dosis de desconcentración que hasta entonces. “No puedo fallar ahora en éste, que es el último”.

Con una sonrisa insinuada en los labios que destacaban en su pálido rostro, dirigió su mirada hacia la ventana, y apoyando su cabeza en la palma de su mano izquierda que acabaría contactando con su barbilla, mientras que con la mano derecha sujetaría el bolígrafo con el que dibujaba trazos sin sentido en un folio en blanco que utilizaba para esquematizar los apartados más destacados del tema aún sin estudiar, recordó cómo fue su primer examen.

23 de noviembre de 2008. Estudio en masa en la biblioteca del campus que había comenzado en muchos de nosotros incluso un mes antes de que se cumpliera la fecha del examen, cumpliendo aquella promesa de principios de año de intentar llevar los estudios al día. Las mesas de madera se encontraban empapeladas de apuntes escritos a velocidad de electroencefalograma, de otros tantos

heredados de años anteriores y de, por supuesto, fotocopias de aquellos inestimables apuntes de excelente caligrafía pertenecientes a la chica más aplicada de la clase. Momentos de silencio para conciliar una plena concentración intercalados con otros en los que intentábamos despejar las dudas de nuestros cómplices estudiantes o amenizar las horas, ya no sobrellevadas por los efectos de la caféina con anécdotas que nos permitirían darnos a conocer un poco más. La alegría que supuso recibir aquel número de mensajes en el tablón de Tuenti, que milagrosamente no consiguieron saturar la red, y por los que mutuamente confirmábamos nuestro aprobado, nos dábamos la enhorabuena y agradecíamos los apuntes prestados y las explicaciones que al final hicieron un hueco a la sabiduría, dándonos ánimos y deseándonos suerte para el siguiente, sencillamente no tiene precio.

Raquel volvió a despertar de su coma matinal y miró esta vez con el ceño fruncido los apuntes, decidida a comenzar a leerlos por primera vez en aquella mañana, resistiéndose a continuar retrasando su momento de estudio. Contó las páginas que le quedaban por saber, y se levantó rápidamente del trono de la sabiduría en dirección a la cocina, tomando un vaso que llenaría con agua fresca en el intento aparente de aminorar la sensación de engollipado que le producía conocer el número de páginas que aún le quedaba por estudiar. Apoyó por un instante su cintura en la encimera, de espaldas al fregadero, quedando sus ojos color cielo ensimismados en el salón, que poco a poco iba cobrando mayor luminosidad a medida que los rayos del sol atravesaban los cristales de la ventana y anunciaban el avance de la mañana.

Raquel había sustituido su cómoda vida residencial por la convivencia en un típico piso de estudiantes a partir del segundo año de carrera, junto a dos compañeras de su misma clase. Tras su primer año, se había visto tentada a imitar la vida responsable del adulto y forzar su compatibilidad con los hábitos universitarios; a explotar la habilidad de todo universitario que a final de mes, y como si del mejor chef se tratara, se arriesga a elaborar los platos más estrafalarios, con los ingredientes hallados en una típica despensa casi vacía.

Ahora sí, Raquel se dirigió con paso firme al trono de esponja negra, cuyo respaldo envolvía al completo su espalda con la misión de que no se viera resentida después de aquellas largas horas de estudio, y que acababa en un brazo de metal del mismo color de terminación tetrafalangiana que apoyaba en el suelo de mármol con sus garras esféricas de plástico y que permitían que el asiento fuera móvil. Inmersa en el silencio de la mañana, decidiría no levantarse de su trono hasta bien entrado el medio día, cuando la sabiduría dosificada por su plan de estudios habitara oportunamente en su cabeza.

Ahora su mano diestra no dibujaba trazos de estilo abstracto en sus folios antes desnudos, sino que se apresuraba a describir esquemáticamente los aspectos más importantes de cada tema, y cómo no, aquellos apartados que la profesora había asegurado en clase que eran pregunta típica de examen. El hecho de que éste fuera su último examen hacía que el estudio se asimilara con una perspectiva muy diferente con respecto a todos los anteriores; éste sería el que abriría las puertas de una nueva etapa en su vida, algo que aguardaba con grandes proyectos e ilusiones, aunque los tiempos que en ese entonces corrían no estuvieran del todo de su parte, ni la de la gran mayoría de estudiantes y españoles en general. Esperaba que la epidemia de malestar económico que padecía su país no fuera la que definitivamente aniquilara la oportunidad de hacer de su sueño una realidad.

Fue a las tres de la tarde cuando Raquel decidió levantarse de la silla de estudio. Los rayos de sol que atravesaban la ventana iluminaban el salón esta vez de forma casi incandescente, amenazando incluso con hacer prender los bloques de folios que habían quedado de forma desordenada encima de la mesa, por el efecto lupa conseguido al reflejarse en los cristales del ventanal. Raquel se dirigió a la cocina, y volvió a abrir al frigorífico para sacar esta vez un plato cargado de filetes de carne parcialmente descongelados y que sería el almuerzo de aquel día, acompañados por tacos de patatas cortados en forma perfectamente rectangular. Y mientras cocinaba, como cada día, hablaría con sus padres en una conversación en la que en época de exámenes el progreso del estudio era el principal protagonista, pero al que ahora se le añadía el interés por saber cómo estaban trascurriendo esos últimos días y los ánimos para continuar con fuerza el resto de la tarde. Tras colgar, y de forma casi telepática, el teléfono sonaría con esa típica y escandalosa melodía propia de la telefonía fija,



estando ahora José al otro lado del teléfono. La conversación volvía a centrarse en lo poco que quedaba para culminar su carrera, haciendo memoria para conseguir que brotaran en su cerebro las preguntas que en su año habían sido propuestas en el examen de la asignatura. Él era también veterinario, cumpliéndose así los presagios que la madre de Raquel siempre había conjurado - “tu extrema pasión por los animales sólo podría compartirla otro veterinario”.

Tras el almuerzo, y después de informarse de la conflictiva vida exterior por las noticias del telediario, cuyas imágenes quedaban proyectadas en la pantalla anti-plana del televisor, cambiaría de canal para recurrir a aquella serie que cada día de la semana empezaba a las cuatro de la tarde y que mantenía su mente hábil en la comprensión del habla inglesa. Cuando el conjunto de letras blancas recorrieron a modo de cascada la verticalidad de la pantalla del televisor sobre un típico fondo negro, marcando el fin del recién espectáculo televisivo, Raquel volvió a la realidad de su día de estudio y consultó la hora. Durante unos segundos miró fijamente las agujas del diminuto reloj rectangular que formaba parte de la escasa decoración del único mueble que cubría una de las paredes del salón, justo encima del televisor, destacando entre tazas de café anticuadas y adornos típicamente andaluces que hacían juego con la decadente decoración del resto de la casa. Obsequiando sus cinco sentidos el segundero que daba pequeños golpes en la esfera, y advirtiendo que eran casi las cinco de la tarde, volvió a tomar sus apuntes dispuesta a iniciar el primer repaso de aquel conjunto de folios que, de manera desorganizada, se encontraban aún encima de la mesa. La tarde pasó mucho más rápidamente de lo que había transcurrido la mañana. Raquel suspiró en un alivio de satisfacción por lo que había cundido el día; su mente se había agilizado de tal manera que había conseguido absorber el doble de temas de los que había podido asimilar durante la mañana, ímpetu avivado gracias a los ánimos que en forma de “sms” se reflejaban en la pantalla de su bailarín teléfono móvil de parte de sus primos y tíos, que le recordaban que se encontraba en la recta final y que estaban muy emocionados por viajar a Córdoba y que toda la familia se reuniera en una ocasión tan especial como su graduación.

Parecía ayer cuando aquella niña buscaba junto a sus tres compañeras y de manera incansable el camino hacia la estación de Renfe, entre aquel laberinto de calles que nacían del corazón de la

ciudad y que parecían no conducir hacia ningún lugar. Es inquietante pensar cómo, en un periodo de tiempo de cinco años asimilados en la consciencia como dos, pasamos a ser los veteranos de esa generación de veterinarios. Ahora soy yo la que pasa por la biblioteca y ve cómo una piña de jóvenes casi adultos luchan por entender esos apuntes que de forma vertiginosa se acumulan sobre la mesa en un desorden sólo en orden para el dueño de aquellos folios, y entre los cuales puedes reconocer a veces tu propia letra; algo que sin duda es todo un halago para el autor. Ahora eres tú la que, como fruto de tu experiencia, aconsejas a esas mentes inocentes, emigrantes desprotegidos y desprovistos del calor del lar. Y la que, copiando las palabras de los que un día

fueron tus veteranos, habría deseado estudiar, aunque durante un único año hubiese sido, en aquel hermoso edificio, antigua Facultad de Veterinaria y actual Rectorado de la Universidad, que de forma mágica se levanta en una de las avenidas más céntricas de Córdoba y que había acunado a nuestros más célebres ancestros de esta gran familia de veterinarios.

En estos cinco años he aprendido muchas cosas que intentaré conservar sin fecha de caducidad, y de otras no tan buenas que doy gracias que me hayan dado la oportunidad de conocer aquello en lo que no quiero convertirme jamás. Intenté absorber todo aquello que los mejores profesionales pudieron trasmitirme para poder, en el día de mañana y una vez huérfanos ahora de la madre universidad, poder curtirlo y convertirlo en la esencia de mi rutina de trabajo.

Estudiar una vocación te brinda la oportunidad de disfrutar de esa carrera de quintuple fondo como un niño pequeño se regocija en el patio del colegio jugando con sus amigos, y que la gran meta sea trabajar en una afición, con la satisfacción que ello te produce como premio de veinticuatro quilates.

“Ser veterinario es aproximarse a los instintos. Es tener el coraje de penetrar en un mundo diferente y ser igual. Es oler el aliento de un cachorro lactante y recordar tu propia niñez. Es oír maullidos, mugidos, balidos, relinchos, cacareos y ladridos, interpretarlos y entenderlos. Es comprender el lenguaje corporal de animales que piden ayuda, entender ojos tristes, orejas caídas y trufas calientes, y saber cómo aliviarlos. Es entender gratitudes mudas”.- Harrington.

Vocación por los animales es ansiar dedicarte plenamente a ellos, siendo la empatía tu principal virtud, conociendo su comportamiento y comprendiendo su instinto; tratándolos de forma delicada, porque aunque ellos no sean personas, igualmente sufren y padecen como lo haríamos tú o yo.

No existe mayor fracaso para un veterinario que ver, atado de pies y de manos, cómo la vida de tu animal se consume, escapando de cualquier esperanza de supervivencia como si el destino inamovible hubiera sostenido de forma maliciosa las agujas del reloj para detener el tiempo en ese estado de agonía, sin que ningún fármaco pueda ya reanimar el pequeño cuerpo condolido por una sintomatología totalmente incompatible con la vida y que da nombre a una enfermedad capaz de colapsar los mejores libros de medicina veterinaria con páginas en blanco. Es entonces cuando tu profesión impone no deshacerte nunca de tu luto, cuando el sueño de un paciente lo releva otro que ha tropezado con la misma piedra.

Ése es, sin duda, el mayor suspenso que consta en un expediente cuya plenitud de asignaturas han sido aprobadas con fecha límite de junio. Ahora, y desde entonces, me resigno a llevar una cadena de la que cuelga un hueso con su nombre grabado, y que durante ocho años llevé en su collar.

Triunfos y derrotas, éxitos y fracasos, ilusiones y desilusiones, sonrisas y lágrimas... antagonismos que hacen que la vida sea vida, emocionante y distinta para cada protagonista, pincelada con detalles que poder relatar...

“Va por vosotros”.

Raquel permaneció durante unos segundos inmóvil en el escenario, con la mirada fija en las personas a las que más quería, con una gran sonrisa, envuelta en una felicidad plena. Dibujó una enorme sonrisa en sus labios pintados delicadamente de color carmín, y levantó el diploma que a modo de pergamino quedaba enrollado perfectamente y sellado con un lazo color esperanza, color de los veterinarios, en señal de tan esperado triunfo en aquella batalla a contracorriente.

Dirigió su cada vez más humedecida mirada hacia lo más alto, y como si pudiera ver el cielo azul a través del techo en cúpula que definía con elegancia la altura del edificio, susurró de nuevo, “Va por vosotros”. Por aquellas palabras que me repetían “cuando seas veterinaria, te llevaré a mi Helca”. Por aquel que era motivo de mi sonrisa, y yo también de su sonrisa con destellos dorados. Por el responsable de aquellos ladridos que siempre se escucharán desde el Reino de Asís. Por todos aquellos que sin estar están, y por los que hoy forman parte de mi vida y que desde que era pequeña han confiado en mí y en lo que un día llegaría a ser. Por aquellos padres que siempre me han dado todo pareciéndoles poco. Y por aquella persona a la que admiro, y que un día me dijo: “nunca dejes de escribir”.